

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA,

CON LA

aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

DE

E. Lozano de Vilchez

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos a propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES,

EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses adelantados para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de letras del Giro mútuo, ó tarjetas de las establecidas para pagos de periódicos, y que se expenden de hoy en adelante en los mismos puntos que los sellos de franqueo, prefiriendo siempre las del Giro mútuo, en el punto donde las haya.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

8 de Agosto de 1878.

DIRECTORA, D.^a ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Número 13.

SUMARIO.

La ciencia más cierta, por Mda. Matilde Bourdon.—A la niña Magdalena, por D. Francisco Jimenez Campaña.—Al Santísimo Sacramento, por la doña Elena Jimenez Echevarría.—Calvario y redención, cartas de tres hermanos, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Sección doctrinal. La senda del cielo, por idem.

LA CIENCIA MÁS CIERTA.

POR M. MATILDE BOURDON.

IV.

EL PADRE Y EL HIJO.

Vale mucho la oración
perseverante del justo.
(Ep. de S. Jaime, cap. 5.)

Después de haber asegurado de este modo á sus queridos enfermos los cuidados materiales,

Manuel pudo ocuparse mas seriamente de lo que, á los ojos de la fe, era el gran negocio, el único verdaderamente importante, el de la salvación. Sin hacerse ilusiones sobre el próximo fin de los padecimientos de su padre y de Sebastian, quería a lo menos dar á sus almas aquella vida inmortal que ganamos acá en este mundo con un sincero arrepentimiento. Mas, ¡cuántos obstáculos tenía que vencer! Merry le oponía el endurecimiento de toda una vida pasada sin Dios y que, desde sus albores, se había empápado de las escenas de impiedad é irreligión del 93; Sebastian resistía á la gracia, porque quería vivir, porque el fuego de sus pasiones ardía vivo en un cuerpo casi destruido, porque no aceptaba la muerte y no quería adorar la voluntad de Dios, cuya mano sentía que pesaba sobre él. Por un lado la indiferencia, por otro la irritación y casi

la desesperacion; tales eran los enemigos con quienes tenia Manuel que combatir. Él les oponía la dulzura perfecta, caridad ingeniosa y tierna en las conversaciones que tenia con Merry y Sebastian; fervorosas oraciones, ardientes súplicas ofrecidas por ellos al pié del altar de María, refugio de los pecadores. Sí, el buen Manuel oraba mucho; oraba no solo en la iglesia, sino tambien mientras trabajaba, ó caminaba, ó guiaba sus bueyes y caballos; á todas horas elevaba su corazon á Dios; ofrecia sus sudores, sus fatigas por los que amaba; oraba tambien cuando por la tarde, pasaba por delante de las cruces de los caminos ó del viejo tronco de un arbol, cubierto de musgo, en que se ocultase una imágen de la Virgen: en una palabra, no dejaba escapar ninguna ocasion de implorar el auxilio de sus amigos del cielo.

Los dias pasaban, y, al parecer, tantas oraciones, tanta caridad, eran infructuosas. No importa; Manuel no se desalentaba por eso. ¿Acaso no ha dicho el Espíritu Santo por boca del apóstol san Jaime: *Mucho vale la oracion perseverante del justo?*

Una noche que Manuel estaba velando á la cabecera de su padre, oyó de repente que le llamaba el anciano, á quien creia dormido.

—«Muchacho, decia, ¿estamos solos?

—Sí, padre; mi mujer ha ido á acostarse y los criados tambien.

—¿Y Sebastian?

—En este instante vengo de su cuarto, y duermo tranquilamente.

—Esta bien; siéntate en la cama; tengo alguna cosa que confiarte.»

Manuel obedeció; inclinóse hácia su padre, el cual en voz baja le dijo:

—«Oye: desde que has vuelto á casa, no tengo sino motivos para estar contento de tí; así pues quiero darte una prueba de lo que te quiero, y ese avaro de Estéban no sabrá nada. Toma esta llave, vé al gabinete en que guardo las semillas y mis libros de cuentas; con esa llave abrirás mi viejo secreter; alarga la mano hácia la derecha, y bajo un monton de papeles hallarás una caja... tráemela.»

Manuel salió á ejecutar las órdenes de su padre. Volvió al cabo de algunos instantes, llevando en la mano un cofrecito cubierto de chagrin negro. Merry lo cogió, tocó un resorte y la cajita se abrió, dejando ver al descubierto el contenido de su interior: estaba llena de oro.

Manuel, que no volvía en sí de su asombro, exclamó:

—«Padre, ¿qué es esto?

—«Es buena moneda! ¿te gusta, eh? pues bien, esto te lo doy á tí solo, ¿entiendes? á tí solo.

—Pero, padre, este dinero forma parte de vuestra herencia; sin duda es fruto de vuestras economías, y entonces mis hermanos tienen tanto derecho á él como yo.

—Ta, ta... tus hermanos no tienen nada que ver con él; esto no es el fruto de mis economías. ¿Por ventura he podido economizar? ¿no he tenido malas cosechas? ¿acaso no tuve que pagar un sustituto á Estéban?... No, no, es otra cosa... ¡toma, te digo!

—Pero ¿de donde viene este dinero? preguntó Manuel, mirando con recelo la caja que llevaba grabada una placa de oro, y cuya elegancia y riqueza no parecían en armonía con los hábitos de Merry. ¿Es vuestro?

—Muy curioso eres. ¡Bien! oye. Cuando la gran Revolucion, antes que hubieses venido al mundo, los castillos de los señores eran entrados á saco, y cada uno se llevaba su parte de aquellas cosas preciosas que los nobles guardaban en sus moradas. Unos compañeros me llevaron al castillo de Beaumont, que estaba situado en la parroquia vecina. Yo no me entretenía, como ellos, en romper cristales, arrojar muebles por las ventanas, quemar las imagenes y las cruces de la capilla... de esto no sacaba yo ningun provecho. Así, pues, puseme á recorrer las habitaciones, cuando hé aquí que encima una mesa veo esta caja abierta y toda llena de oro... Temiendo no cayese en malas manos, la cerré y me la metí en la faltriquera; Á nadie en mi vida he contado el hallazgo que hice, y aun está intacto; pero como estoy muy contento de tí te lo doy.

El anciano, agotadas sus fuerzas, cayó de nuevo sobre la almohada; Manuel miraba con estupor aquella caja fatal: de repente cruzó una idea por su mente; cerróla, y Merry exclamó:

—«Con que te la quedas?

—Sí, padre, para devolverla; este dinero no nos pertenece.

—¿Qué dices, bendito? ¿Será mas pobre el hijo del marqués, porque te guardes esos luises? Si yo no los hubiese puesto á salvo en mi faltriquera, otro los cogiera y los habria derrechado.

—No importa, padre; yo solo sé una cosa, y es que el séptimo mandamiento del Decálogo dice: *No robarás.*

—¡Pero estás loco! devuélveme la caja!

—Padre, dijo Manuel poniéndose de rodillas, dejadme ese oro, y permitid que lo restituya á su legítimo dueño. Quitaos este peso de encima; aligerar vuestra conciencia; reconciliaos con Dios; este es el único favor que os pido, el único

salario, la única recompensa que deseo por todos mis trabajos y por el amor con que os he cuidado; si me la negais, seré desgraciado mientras viva sobre la tierra!»

Y al decir estas palabras, Manuel bañaba con un torrente de lágrimas las manos de su padre; este, despues de algunos instantes de penoso silencio, dijo:

—«¿Tú crees, pues,... que no puedo... estar tranquilo... respecto de este dinero?»

—Sí, padre; estoy seguro de ello.

—¿No tienes ningun deseo de guardarlo?»

—¡Dios me libre!

—Algunas veces habia pensado... pero procuraba alejar los pensamientos importunos que me venian sobre el particular... Solo los sacerdotes saben estas cosas, y yo no veia ninguno...

—¡Padre!

—Guarda la caja, y haz lo que quieras...

Manuel no se hizo de rogar; ocultola debajo de la blusa, y á la mañana siguiente salió temprano de casa sin decir á donde iba. Por la noche, cuando estuvo á solas con Merry, díjole:

—«Padre, el actual marqués de Beaumont ha recibido vuestra restitucion con alegría; os asegura, por mi conducto, que podeis contar con su amistad, y como no necesita dinero, lo empleará en fundar una escuela para las niñas pobres.

—¿Con que, lo has devuelto?»

—Sí, querido padre, ¡gracias á Dios! ya nos hemos quitado de encima este peso.

—Manuel, eres honrado, un hombre de bien en toda la extension de la palabra. Me alegro de haberte hablado de este asunto.»

Esta conversacion estableció una grande intimidad entre Manuel y su padre, de la cual se aprovechó el primero para hablar sin rebozo de la Religion, de sus consuelos y de sus esperanzas inmortales. El camino estaba abierto; Manuel sin pretenderlo, sin pensarlo, habia demostrado el poder del Cristianismo, permaneciendo hijo respetuoso, hermano tierno, hombre de honor y probidad, en medio de los mas funestos ejemplos y de las mas fuertes tentaciones. Su conducta probaba mejor que todos los discursos la solidez de las máximas dictadas por la fe. Merry habia experimentado esta saludable influencia; así que, ocho dias despues de la restitucion, dijo á Manuel:

—«Hijo mio, vé á decir al Cura-párroco si tendrá la bondad de venir á verme; mas, antes de todo, quisiera hablar á Sebastian.»

Manuel se estremeció de alegría y á la vez de dolor, porque conoció que su padre se sentia

muy malo, y que iba á comprar, á costa de la preciosa existencia del autor de sus dias, la dicha de haberle convertido y llevado á Dios. Rogó á su esposa que fuese á ver al cura del lugar, y él pasó al cuarto de Sebastian al objeto de prepararle para la entrevista que solicitaba su padre. El infortunado jóven sufría mucho; sentia que se moria, pero sin querer confesárselo ni consentir en buscar aquel apoyo que no falta nunca, cuando ha naufragado ya toda esperanza humana. Inútiles habian sido hasta entonces todas las instancias de Manuel; pero á lo menos habia conseguido que, en pago de sus desvelos y solícitos cuidados, su hermano le profesara una tierna y viva amistad.

Manifestó, pues, á Sebastian los deseos de su padre, y para satisfacerlos colocóse al enfermo en una grande y vieja silla de manos, y se le trasladó de este modo al lado del lecho del colono. El hijo y el padre se miraron mutuamente con dolor.

—«¡Pobre hijo mio! exclamó Merry, ¡cuan mudado estás!

—Estoy fatal, padre.

—Y yo tambien, respondió el colono con firmeza; y por esto he tomado una gran resolucion, la de reconciliarme con Dios. Yo le he ofendido mucho; he pasado toda mi larga vida alejado de él; y he tenido la desgracia de criarnos á los dos, á tí y á Estéban, sin fe y sin religion; esto me llena el corazon de dolor y amargura, pero Manuel me asegura que Dios perdona siempre al que se arrepiente. Y yo me arrepiento; sí, me arrepiento del fondo del alma. Pero estaria en tu poder, Sebastian, disminuir mi pesar, darme mas confianza y hacer acaso que me trate con menos severidad y rigor la justicia de Dios...

—¿Qué puedo hacer?...

—Imita á tu padre, conviértete á Dios, confiesa tus faltas y reparemos de comun acuerdo los escándalos que hemos dado. No me niegues este último consuelo, hijo mio... Yo te eduqué mal: pues bien, demuestra que me perdonas accediendo á mis ruegos; con frecuencia me has desobedecido; hazte merecedor del perdon, sometiéndote á mi última orden, á mi última súplica... Estando ambos para morir, unámonos en nuestro arrepentimiento para gozar juntos por toda la eternidad de las delicias del cielo...

Sebastian habia bajado la cabeza; ninguna objecion salia de sus labios: la irresistible súplica de su padre le habia vencido.

Dos dias despues, el cura que habia oido la confesion de los dos enfermos, iba de una cama

á la otra (Sebastian no salia ya del cuarto de su padre), llevando los santos óleos que tienen la virtud de fortalecer á los cristianos en el último combate. Merry, aunque muy cercano á su fin, estaba tranquilo y resignado. Antes de recibir la absolucion general, llamó á Manuel y le dijo en voz baja:

—«Elmarquésme ha perdonado, ¿no es verdad?»

—Sí, padre, podeis estar en paz.»

Con esta seguridad, Merry se olvidó de todo lo de este mundo para no pensar sino en la eternidad; y al dia siguiente murió, despues de haber dado su bendicion á Estéban, que estaba ausente; á Sebastian, que habia de reunírsele muy pronto, y á Manuel, que le habia enseñado á conocer á Dios.

Sebastian sobrevivió algunos dias á su padre, durante los cuales se mostró resignado, dulce, contento, deseando vivir para reparar sus faltas, deseando morir para evitar las ocasiones del mal.

Atestiguaba viva y profunda gratitud á su hermano, el cual no se apartaba un momento de su cama. Sin embargo, tuvo que alejarse por algunos trabajos indispensables; y cuando volvió á casa, salióle al encuentro su esposa con el rostro cubierto de tristeza.

—«Sebastian se encuentra peor,» le dijo.

El jóven colono corrió al cuarto de su hermano, el cual, al verle entrar, levantó su moribunda cabeza, y tendiéndole la mano, le dijo:

—«¡Te esperaba!...»

Y con estas dulces palabras exhaló su último suspiro.

(Continuará.)

M. MATILDE BOURDON.

A LA NIÑA MAGDALENA.

I.

Déjame, niña hermosa, pulsar la lira,
De tus labios la rosa de mí retira;
Déjame que te cuente del mal arcanos
Y aparta de mi frente tus blancas manos,
Porque en la red espesa que forman vivas
El alma se embelesa que tú cautivas,
Y no tiende sus vuelos por las riberas
Del mar de negros duelos y penas fieras.
Deja que guste el agua del ancho río,
Donde el dolor se fragua con el desvío:

Quiero al son de las notas de mi psalterio
De las dichas ignotas ver el misterio,
Para mostrarte el mundo lleno de horrores,
Lago de cieno inmundo do nacen flores.

Quita los manos

Del laud, que te muestre

Del mal arcanos

II.

Tú eras un ángel bello de blancas alas,
Tú eres áureo destello de regias galas
Con que adorna el palacio del firmamento
El Señor del espacio, do ruge el viento.
No cruces por la tierra, que está tendida
Desde el valle á la sierra red escondida
Y á niñas prisioneras entre sus mallas
Llevan las hechiceras á opuestas playas,
Do con filtros y aromas que el ser trastornan
De nevadas palomas cuervos las tornan.
Y allí en antros osarios de negros riscos,
Do los mares impuros y levantiscos.
Exhalan los miasmas mas deletéreos
Las mezclan con fantasmas vagos y aéreos,
Que en escuadrón cerrado que se amotina,
Como sol eclipsado negro camina.

Quita las manos

Del laud, que te muestre

Del mal arcanos.

III.

Mas las bellas pupilas de tus dos ojos
Se tornan intranquilas, mostrando enojos;
Las lágrimas se mecen en tus pestañas
Y á tu labio estremecen notas extrañas.
Te asustan de mi canto los roncos gritos
Al cantar el quebranto de los precitos.
Niña, el mundo es un huerto lleno de rosas
Donde encuentran un puerto las mariposas.
¡Ay! de ellas si livando la miel mas pura
Las encuentra soñando la noche oscura,
Que el aquilon bravío de la montaña
Ajará su atavío con fiera saña
Y la gasa de nieve que el sol matiza
Tornará azas aleve viento en ceniza;
Pero vuelves al llanto, niña hechicera;
Porque mi triste canto tu paz altera,

Ay! pon las manos

En el laud, que calle

Del mal arcanos.

FRANCISCO JIMENEZ CAMPAÑA.

(Loja y Agosto de 1878)



Tenemos el honor de insertar la siguiente poesía en nuestro Semanario, enviando á la par nuestra entusiasta felicitación á su autora.

AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

pp A.

Dedicada al distinguido literato,

D. AURELIANO RUIZ.

¡Señor, perdona si mi voz levanto
Á tu sublime altura!
Pobre es la lira en que tus glorias canto:
Préstale tu dulzura,
Y haz que mi númen en tu amor se inspire
Y tu suma bondad cante y admire.

Envuelta entre las sombras del pecado
La humanidad yacía:
El hombre por sus culpas agobiado,
Apenas se atrevía
Á elevar sus plegarias hasta el Cielo
Pidiendo al Hacedor paz y consuelo.

Bogaba el hombre cual velóz barquilla
Que aléjase del puerto
Y en la revuelta mar hiende la quilla,
Y vá sin rumbo cierto
Á merced de las olas y del Noto,
Sin vela, si timon y sin piloto.

Mas viene al mundo el Redentor divino,
Y su palabra santa
Conduce al pecador por el camino
Do con segura planta,
Al dejar este valle de amargura
Con su Dios puede unirse el alma pura.

Y al consumir el Santo sacrificio
Por redimir al hombre,
Su Cuerpo y Sangre ofrécenos propicio,
Y de Dios en el nombre,
Prenda de amor, nos lega en testamento,
El mas grande y augusto Sacramento.

Que amor tan solo brota de los labios
Del Cordero inocente,
Y por amor al hombre sufre agravios;
Y al inclinar su frente
Entregando su espíritu al Eterno.
Redime al mundo y triunfa del averno.

Únese á Dios en mística alianza
El pecador contrito:
Brilla el iris de paz y bienandanza;
Y con gozo inaudito,
El hombre, al recibir el Pan de vida,
Recibe en él la gracia ya perdida.

Tú que das á las fúlgidas estrellas
Su luz resplandeciente;
Rojos matices á las flores bellas;
Clara linfa á la fuente;
Á la brisa su aroma y sus rumores.
Y al sol, vida del mundo, sus fulgores.

Tu enjugas del mortal el triste llanto,
¡Oh Redentor divino!
¡Qué fuera sin tu amparo sacrosanto
Del pobre peregrino,
Á no haberle mostrado tu doctrina
La recta senda que hacia el bien le inclina.

¿Puede acaso prestar la humana ciencia
La dicha y la ventura
Y la dulce quietud de la conciencia,
Que da con su dulzura
El Santo y eucarístico alimento,
Del alma luz y de la vida aliento?

¡Oh mi Dios! Al narrar grandeza tanta,
Con humildad sincera,
La voz indigna que tu gloria canta,
Enmudecer debiera;
Mas si es pobre la ofrenda que te envía.
Altar es de tu amor el alma mía.

De fé cristiana el corazón henchido
Los hijos de Granada
Altare en tu amor han erigido,
Y ante el ara sagrada,
Unidos por un noble sentimiento,
Celebramos tu augusto Sacramento.

ELENA JIMENEZ ECHEVARRIA.

(20 Julio 78)

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

La nodriza Susana á Fabian de Ossorio.

Mucho temo que no llegue á manos de V. esta carta, señorito Fabian, pues apenas sé donde dirigirla ni de que modo he de escribirla.

Pero me es preciso contarle lo que ha pasado y pedirle consejo, ya que nadie si no V. se toma interés por Angelina, por mi pobre niña, cuya suerte me estremece y por quien daría la vida.

Pobre ángel mio, ¿qué será de ella, donde estará? y sobre todo, cuando la volveremos á ver?

Oh! bien le decia yo á V. que su hermana era mala, bien mala por cierto y que no debíamos fiarnos de ella.

Ya vé V. como mis temores se han realizado, porque Angelina, mi buena señorita, mi hija casi, á desaparecido de esta casa, y no puedo saber donde se halla, gracias á las minuciosas precauciones que han tomado para ocultarla.

Comprendo que esta noticia debe causarle un pesar profundo, y una estrañeza mas profunda aun, pero nada es mas cierto, y sobre todo, yo no debia ocultarle esto, segun V. mismo me indicó.

Voy á referir á V. como ha pasado.

Hace dos dias me hallaba yo en el cuarto de Angelina, hablamos de V., de cuando vendria de nuevo: la pobre criatura no tiene otro amor ni otras esperanzas que su cariño en este mundo!

De pronto vimos aparecer en la puerta al señor de Aguilar, y Angelina corrió hacia él con la sonrisa en los labios, demandando una muestra de ternura con la dulcísima mirada que la es peculiar.

Pero cuando la humilde niña fué á tomar su mano para besarla como otros dias, D. Félix la rechazó de un modo tan brusco que nos dejó asombradas á las dos.

—Déjenos V. solos! dijo dirigiéndose á mí y señalándome la puerta. Déjenos V. solos.

Obedecí aunque de mala gana, lo confieso, y temiendo alguna injusta reprension para mi querida niña, permanecí en la estancia inmediata para saber la verdad.

No tardé en convencerme de que no me habia engañado.

D. Félix habló con dureza á Angelina reprendiéndola una falta imaginaria, he intimándola á que le dijese la verdad.

Ella no le comprendia siquiera!

Sin saber por qué, me acordé de su madre, y de las violentas escenas de que fuí testigo muchas veces!

La misma ceguedad de parte del uno; la misma inocencia de parte de la otra.

El señor de Aguilar acusaba á su hija de sostener relaciones secretas con un hombre, con uno de los dependientes de la casa, á quien ella apenas conoce.

Su asombro era tan grande como libre estaba de la culpa que le atribuian, y apenas acertaba á responder algunas palabras en su defensa.

Esto irritaba mas á D. Félix y le hacia prorrumpir en nuevas amenazas y en nuevos dictérios.

Angelina tratada de este modo no tenia mas defensa que sus lágrimas.

Quizá el anciano se hubiese calmado al verla

de aquel modo, porque su voz se hizo menos dura, y ya empezaba á vacilar cuando una sombra cruzó á mi lado con tal rapidez que apenas pude distinguirla.

Era la señorita Valeria que sin duda venia á gozarse en su obra: porque todo esto debe ser obra suya, no hay duda.

Tan preocupada iba, y tanta era su precipitacion, que no reparó en mí: bien es verdad que yo estaba oculta entre la cortina que cubria la puerta.

Al verla tuve miedo por Angelina; ¡tan sombría y cruel era la espresion del rostro de aquella mujer!

—Oh! ven hermana mia, exclamó la pobre niña corriendo hacia ella; ven y dí á nuestro padre que me han calumniado, que soy incapaz de cometer la falta que me atribuye.

—Niña! cuando nuestro padre acusa, la razon está de su parte! contestó Valeria con frialdad.

—Como! tú tambien crees...? exclamó Angelina con pesar.

—Al venir aquí, está sin duda informado de tu conducta, y yo creo que solo una confesion sincera de tu parte pudiera aplacar su enojo: añadió aquella mujer, siempre con su tono glacial é indiferente.

—Y ¿qué he de decir? preguntaba Angelina con angustia; si soy inocente, si nada sé!

En aquel momento, Valeria se dirigió á un extremo de la estancia, á donde Angelina tiene colocado su lecho, y bajándose con rapidez,

—¿Qué es esto? dijo, presentando en la mano un papel.

Su movimiento fué tan ligero, que desde el sitio en que me hallaba, no pude adivinar su intento hasta que la ví presentando entre sus dedos aquel papel ajado y doblado.

Angelina la miraba absorta.

D. Félix se adelantó y Valeria le entregó aquel escrito que tenia todas las apariencias de una carta.

En medio del silencio mas profundo, el señor de Aguilar pasó su vista por ella con muestras de un enojo terrible.

Despues, y arrugandola entre sus dedos,

—Miserable, exclamó, yaunse atreve á negar!

—Pero que és? preguntó Valeria con fingido afan.

—Mira, mira, respondió su padre, un billete de ese hombre! en él se excusa de no poder ceder á sus ruegos, se niega al rapto que ella sin duda le ha propuesto. Oh! tan infame como su madre!

Angelina abrió desmesuradamente los ojos, sus mejillas se tiñeron de púrpura: algo extraño pasó en su interior, pues yo ví en sus miradas una llamarada de fuego que se extinguió como un relámpago, pero que dió á conocer la indignacion que producía en ella aquella ofensa hecha á su madre.

Ni una palabra salió de sus labios, comprendió la infamia de que era víctima y no se dignó sincerarse de ella, porque aquel papel era sin duda su hermana quien lo había traído, su hermana quien había fingido encontrarle allí!

Tampoco á mí me quedó duda, ¡ay! la persecucion que había concluido con la madre, empezaba de nuevo en la hija!

—Oh! yo sabré lo que he de hacer! dijo el señor de Aguilar: tenías razon, Valeria, y seguiré tu consejo, ven.

La señorita Valeria lanzó una mirada de triunfo sobre su pobre hermana y se dispuso á salir de la habitacion.

—Quedate tú, exclamó D. Félix con ímpetu al ver un movimiento de Angelina, quédate tú, y ¡ay de tí! si intentas moverte de esta estancia hasta recibir mis órdenes.

Padre é hija desaparecieron uno en pos de otro, dejando aterrada á la infeliz niña que no tenía á quien pedir proteccion.

Yo me había ocultado mas y mas entre la cortina, y cuando ya no pudieron verme, corrí hacia Angelina á quien estreché entre mis brazos.

La desgraciada se amparó en ellos derramando un torrente de lágrimas.

La indignacion que la había sostenido hasta entonces desapareció enteramente, dejando lugar al mas profundo desaliento.

—¿Qué significa todo esto? exclamó, qué va á ser de mí? ¡ay! que he hecho yo para que me acusen de este modo!

—Yo te defenderé hija mia, la dije, yo no puedo consentir que te traten así, todo lo he oido, todo lo sé, esto es una calumnia, es...

—Silencio, me dijo, no hables así: te atraerás el enojo de mi padre: ¿no has visto que no me ha permitido defenderme á mí?

Pasamos la tarde unidas y llorando, ¿que otra cosa podíamos hacer?

Á el anocheecer, vino Valeria á buscar á su hermana, y la invitó á pasar al comedor para tomar algun alimento, pues en todo el dia no había comido la pobre niña.

Ella se negó, y entonces Valeria la dijo sin cuidarse de ocultar su impaciencia,

—Ponte un sombrero y un abrigo: el carruaje nos espera.

—Donde vamos? preguntó Angelina admirada.

—No sé, respondió, nuestro padre solo me ha dicho que venga por tí.

El corazon se me oprimió sin saber por qué.

Es cierto que todas las tardes salian á paseo, pero aquel dia y despues de lo que había pasado no era probable que lo hiciesen.

Observé si hacian alguna alteracion, si tomaban algunas precauciones, nada ví!

Angelina siguió á su hermana, triste y pensativa, y yo la ví partir sin saber que pensar.

Pero ¡ay! de mí! señorito Fabian, ay de mí! quien había de pensar lo que iba á pasar.

Apenas había trascurrido media hora cuando sentí el ruido del carruaje que volvía de nuevo.

Esperé ver subir á Angelina para preguntarle la causa de aquel pronto regreso; pero fué en vano, nadie apareció.

Sin poder dominar mi impaciencia bajé la escalera y corrí á preguntar á Juan el cochero donde había conducido á los señores.

—No sé donde iran, me respondió, han tomado un coche de alquiler y me han mandado volver á casa.

Oh! esto me hizo estremecer.

Subí á mi habitacion y aguardé de nuevo.

Una hora despues volvía la señorita Valeria pero sola con su padre!

En vano he tratado de averiguar donde la han llevado: en vano he querido preguntar! la respuesta ha sido una severa mirada de enojo y desden.

¡Oh! señorito Fabian, señorito Fabian, venga V. pronto, solo V. puede salvarla. Á los demás criados, á las visitas de la casa han dicho que ha ido con una parienta cercana de su madre á pasar algunos dias al campo. Nadie, pues, sospecha la verdad y yo no me atrevo á decirla por temor que me arrojen de aquí y no sepa ya nada de ella.

Venga V. pues: V. que la devolvió á la vida y á la razon, salvará á una pobre niña, cuya madre le bendecirá desde el cielo por todo cuanto haga en su favor.

Perdone V. que le haya escrito de este modo, los dos amamos á Angelina y este amor disculpará el atrevimiento de una pobre anciana que le aguarda con ansiedad.

SUSANA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

Miguel era padre de dos hijos, honrados como él, como él trabajadores y casi hombres ya, queridos y respetados de cuantos les conocían.

El mayor amaba á una jóven de su edad y para ligarse á ella al pié de los altares se afanaba incesantemente, reuniendo un cierto capital que le pusiera al abrigo de la miseria; en cuanto al segundo, también se le velaba ayudado por su padre para reunir algún dinero, pero era para librarse de la suerte de soldado, si por desgracia llegaba á sacar la bola negra. Aquellos legítimos ahorros adquiridos con el noble sudor de sus frentes encerraba todas las esperanzas de aquella familia.

Un día terrible amaneció para el desatentado Tomás, día tristísimo en que se halló sin recursos, y sin pan para su mujer y sus pequeños hijos: día en que debía ser arrojado de su casa, por que esta iba venderse en pública subasta para pago de los acreedores! Me preguntáis que como había sucedido esto? oh! que es muy sencillito! las bebidas espirituosas embrutece el espíritu y embotan el sentimiento, haciendo olvidar los deberes mas santos, y el juego es un fuego activo y voraz que consume desde el palacio á la cabaña, tornando en polvo ó cenizas las heredades, las riquezas, los patrimonios!

Isabel azorada vió su morada invadida por los agentes de la justicia que se preparaban á vender en pública subasta sus muebles, sus ropas, las ropas de sus hijos! La infeliz lloró, suplicó todo en vano! las leyes no se pueden torcer! y solo consiguió á fuerza de lamentos y promesas, prorogar por veinte y cuatro horas aquella desgracia irremediable. Loca de dolor, desesperada, pensando que aquella noche sus hijos no tendrían techo que les cobijara, los abrazaba, besando sus rubias cabecitas, como si con el calor de sus besos hubiera podido ponerlos á cubierto del frío y del viento que en breve debían soportar!

En medio de aquella escena dolorosa se presentó Tomás, para hacerla mas desgarradora. Venía tambaleándose, completamente ebrio, completamente trastornado! Su horrorosa embriaguez se hacia mas horrorosa en aquellos momentos.

Al mirar el duelo de Isabel, al escuchar el llanto de sus niños, el desgraciado sintió algo en su pecho, algo, que subiendo del corazón á la cabeza, disipaba por un instante las sombras que le envolvían.

—Por qué lloras? preguntó á su mujer con acento confuso, por qué lloras?

—Por que nuestros hijos no han comido hoy, por que mañana no tendrán donde guarecerse!

Y con toda la elocuencia que presta la desesperacion, refirió á aquel hombre cuanto había pasado, y cuanto debía pasar al día siguiente.

—Oh! soy un miserable! murmuró él, oh! me he perdido! si al menos tubiera quien me ayudara, si alguien pudiera venir en mi auxilio yo trabajaría, yo volvería á la senda del bien, y remediaría todo el mal que he causado!

Isabel entre aquellas palabras vislumbró un rayo de esperanza! ¡amaba tanto á su marido y es tan crédulo el amor!

—Oh! si Miguel quisiera hacernos un préstamo! murmuró, ellos son casi ricos, ellos podían...

—Jamás me atreveré á hablar de eso, dijo Tomás: acaso me recibiría mal, acaso me reconvendría por mi conducta pasada, no: no es posible: no pensemos en esto.

—Yo iré, exclamó Isabel con desicion, Miguel es bueno, tiene un excelente corazón, y acaso le conmuevan mis lágrimas.

Y sin aguardar un momento mas, salió de su casa y se dirigió á la de sus vecinos distante muy poco trecho.

La infeliz iba llorando, iba casi desesperada, ¡era tan triste el porvenir que veía ante sí!

Cuando llegó á la casa de Miguel la familia estaba reunida en torno del hogar.

Todo sonreía en aquella morada en que reinaban la paz, la abundancia y sobre todo la virtud.

La pobre mujer sintió que su corazón se desgarraba al contemplar aquel cuadro.

¡Que diferencia tan notable entre su suerte y la suerte de sus vecinos!

Al verla María, la esposa de Miguel, se levantó y corrió hacia ella preguntándole con afán.

—Que tienes Isabel? que te ha pasado.

Un torrente de lágrimas fué la sola respuesta que la interpelada pudo dar.

—Pero ¿qué esto? preguntó á su vez Miguel, ¿qué es esto? Tomás...

—Le ha ocurrido alguna desgracia?

—Está enfermo?

—Oh! no es eso! respondió Isabel con angustiada voz, no es eso!

—Entonces de que se trata? por qué lloras?

—Lloro ¡ay! de mí lloro porque mis hijos no han tenido pan hoy, y mañana no tendrán un techo que los cobije!

—Como! que quieres decir? preguntaron aquellas buenas gentes con asombro y dolor.

—Que la justicia nos hechará dentro de algunas horas á la calle.

—Á vosotros?

—Pero, por qué?

—Por que no podemos pagar.

—Dios mío! pero tu marido...

—Tomás está desesperado! llora, se afana, se vuelve loco! pero se encuentra impotente para remediar el mal! Oh! de que sirve su arrepentimiento, de que sirve su buena voluntad, si no quieren esperarnos!

—Pero él...?

—Él está resuelto á mudar de vida. á trabajar, á volver á ser como antes un buen padre y un buen marido! Si le hubiérais visto hace un momento, si le hubiérais visto, no dudo que os hubiera inspirado compasion.

—Y que vais á hacer? exclamó la compasiva María, mientras que las lágrimas que la compasion arrancaba de su alma respondían con un lenguaje misterioso á las lágrimas que el dolor arrancaba del corazón de Isabel.

Continuará.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.